Un portal bizantino con cornisa y molduras tablajeadas, y en el interior, dos ventanas bizantinas remontan la fundación de la iglesia de Santa María Magdalena hasta fines del siglo XII, desde que la orden se instaló en el castillo; pero el principal adorno del santuario es un sepulcro plateresco del siglo XVI, cuajado de bajos relieves en finísimo alabastro, donde yace el noble comendador y prudente virrey de Aragón D. Juan de Lanuza (1), que en 1528 hospedó en el alcázar á Carlos V. Más modesta y más grave tumba cobija en el claustro á sus antecesores bajo funerales nichos escasamente orlados de góticas molduras: allí yace entre los comendadores el maestre de Calatrava D. Martín Ruiz de Azagra fallecido en Alcañiz en 1240; allí también el ambicioso D. Garci López de Moventa (2) que años antes se arrogó el maestrazgo. Ojivas anchas y rebajadas como las bóvedas de un subterráneo, circuyen la luna del desierto claustro; en un ángulo aparece el nombre de su arquitecto Juan (3), tan sencillo y desnudo como su obra. La devastación y el abandono se disputan aquel rústico y sombrío panteón exhausto ya de fuerzas para custodiar el ilustre depósito que se le confiara: la mansión de la muerte lo es también de ruinas; y acaso no está lejos la hora en que caiga á su vez, hecho montón de escombros sobre el montón de huesos y cenizas que encierra, como un cadáver sobre otro cadáver.

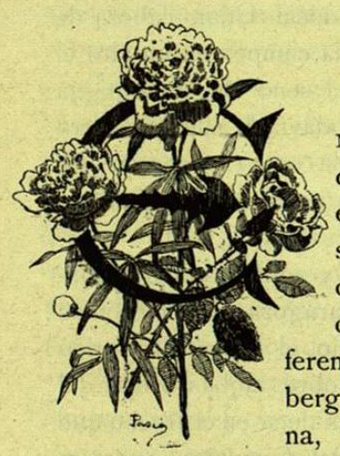
(1) Dice la inscripción: «Esta sepultura es del muy alto señor D. Joan de Lanuça, Bisorrey de Aragon, comendador mayor de Alcañiz, electo maestre mayor de Montesa: murió á veinte y cinco de Marzo del anno 1535.»

(2) En su sepulcro se lee el siguiente epitafio: y es el único que se conserva entero: *Era MCCCVI quinto nñs. Junii dnus Garcias Lupi nobilis major commendator Alkanizii jacet in hoc loco sub hoc altari, cujus in pace anima requiescat. Amen.* La fecha de la era debe sin duda corregirse MCCLVI que corresponde al año 1218, hacia el cual feneció el dicho Garci López.

(3) La inscripción carece de fecha y se reduce á decir: *Joannes lapicida hoc claustrum fecit: Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum.*

CAPÍTULO XXII

Monasterio de Rueda.—Mequinenza.—Caspe



En el desigual aunque no montuoso terreno que al Este de Alcañiz se extiende entre el Guadalope y la frontera catalana, á la sombra de espesos olivares y en medio de feraces huertas, viven crecidas poblaciones, gratas y risueñas al viajero, indiferentes al artista: Monroy cuyo castillo albergó prisionero en 1452 al príncipe de Viana, Valderobles honrada en 1429 con la celebración de cortes y con la permanencia de Alfonso V, Fresneda, Valjunquera y Valdealgorfa decoradas con suntuosas parroquias de tres naves, Maella con su puente de seis arcos sobre el Matarraña, con su torre y su castillo y los recuerdos de sus feudales (1) y civiles luchas. Á dos leguas cortas de Maella ofre-

(1) En 1439 se levantaron los de Maella contra su señor Manuel de Ariño, y cercaron en el castillo á sus hijos y á su esposa Francisquina de Santapau, necesitándose el auxilio de sus deudos y vecinos barones para someter á los rebeldes.

cía la Trapa de Santa Susana un viviente sepulcro, aunque de risueño y florido aspecto, á las almas desprendidas de la tierra por un súbito golpe ó por un tenaz pensamiento, ocultando prodigios de sobrehumana virtud ó de sublime expiación: expulsos franceses bajo la dirección del flamenco fray Gerásimo de Alcántara vinieron en 1796 á plantear su estrechísima reforma en aquella primitiva residencia de benedictinos y luégo priorato de los cistercienses de Escarpe.

Al oeste de Alcañiz se dilatan también campos abundantes de mieses, vegas ricas de legumbres, hortalizas y frutas, y hasta los montes no carecen de arbolado; y proporcionalmente á lo pingüe del territorio en él florecen importantes pueblos. Atraviésalo el río Martín, nacido en las breñas de Segura, llevando al Ebro su tributo, y visitando antes á la ducal Hijar, cabeza de famoso estado, frente á cuya gótica iglesia campea en un alto el palacio señorial. La Puebla formada en el seno de la contigua huerta le cede poco en vecindario, y todavía la supera dentro del distrito Albalate del Arzobispo, cedida en 1149 con su castillo al prelado de Zaragoza, y testigo en 1475 del fallecimiento de D. Juan de Aragón.

Aquí termina la provincia de Teruel, y aquí terminaría también nuestro viaje, si en la limítrofe de Zaragoza no hubiésemos omitido la comarca, tan interesante bajo el aspecto histórico como bajo el artístico, que se extiende sobre ambas orillas del Ebro desde Sástago hasta Mequinenza, es decir en el trecho que mayores caudales recibe del Martín y del Guadalope por un lado y del Segre reunido con el Cinca por el otro. Elévase en frente de Escatrón sobre la izquierda margen un monasterio, que si halla dentro de Aragón algunos en antigüedad que se le aventajan, sólo al de Veruela reconoce por digno competidor en la sin par belleza. Rueda se llamaba en el siglo XII el sitio que para su fundación escogieron en los primeros años del XIII los cistercienses, abandonando su morada de Junqueras á orillas del Gállego donde residían desde 1153; y la posesión en que de

antemano estaban de aquel territorio por concesión de Alfonso II, hace recordar que Rueda ó Rota se llamaba también el alcázar donde se mantuvo después de la pérdida de Zaragoza el destronado amir Amad-Dola, y que legó al morir en 1130 á su hijo Saif-Dola, quien no tardó en entregarlo á Alfonso VII el Emperador. Aun después de los tratados en que se restablecieron entre éste y el conde Ramón Berenguer los antiguos límites de Castilla y Aragón, en 1176 todavía, era Rueda objeto de diplomáticas competencias entre los dos soberanos. ¿Quién no acogerá pues como plausible conjetura que dicha Rueda del Ebro, con preferencia á la del Jalón y á la Roda episcopal del Isavena, sin hablar de las de fuera de Aragón, sea la famosa Rota-l-Yehud de las historias muslimes, ya se refiera á la terrible insurrección de Omar-ben-Hafsun en el siglo IX, ya á la defensa de los Aben-Hud de Zaragoza contra los almoravides á fines del XI (1)?

En 1226 sentó con solemnidad la primera piedra del templo el abad francés Fr. Martín de Noguerol, la segunda Fr. Fortunio prelado del nuevo monasterio, y la tercera un diestro artífice oculto bajo la cogulla, Fr. Gil Rubio (2), que en trece años concluyó la espléndida obra. Extendió Rueda anchamente su señorío por los contornos; su abad tuvo asiento en cortes entre los prelados más distinguidos, y la abadía atravesó descansadamente siglos de magnífica aunque no ruidosa existencia.

Dejando á Escatrón asomada á la verde orilla con su hundida parroquia y sus pintorescos cerros coronados de ermitas, corta una barca la sesga y majestuosa corriente del Ebro, acercándonos al grandioso edificio que señoreaba al pueblo desde la opuesta margen. Modesto y restaurado no revela desde luégo

(1) Adoptada la reducción propuesta por mi amigo D. Vicente de la Fuente, se esclarecen en ambas épocas muchas tinieblas y dificultades, que llevo tocadas en el cap. V de la primera parte y en el I de la segunda respecto de la sarracena Roda, aunque dista de venir bien á su situación la circunstancia de *peñascos inexpugnables*.

(2) *De Rimichiis* le llama La Fuente con referencia á un manuscrito del arzobispo D. Fernando de Aragón.

sus tesoros arquitectónicos; y es preciso cruzar el atrio, para que las fachadas del claustro y de la iglesia nos trasladen á la época de robustez belicosa en que nacieron, templada ya por los dulces rayos de la naciente civilización. Revisten el ojivo portal del claustro molduras aún puramente bizantinas, prismáticos florones, arquitos recortados; el de la iglesia metido entre dos macizos contrafuertes, apea su triple arco, donde la ojiva escasamente apunta, sobre capiteles de grueso follaje, sin más adornos en lo restante del frontis que una circular claraboya, ni más remate que una cruz de piedra.

Sin embargo en el interior del templo las ojivales y agudas bóvedas y la menor diferencia de proporciones entre la nave principal y las dos laterales, indican bastante que la gótica arquitectura obtenía ya el predominio sobre su competidora. Cilíndricas son en verdad las columnas que agrupadas en las cuatro caras de cada pilar sustentan las cinco arcadas de unas y otras naves, y bizantinos sus capiteles, entallados algunos con lindas trenzas; pero sobre los arcos de comunicación ábrense en la nave principal rasgadas ojivas, tristemente tapiadas en tiempos más recientes no menos que la claraboya con sus hermosos arabescos. Cebóse allí también la corrupción artística, blanqueando los pardos muros, y añadiendo capillas á los lados donde vertió á manos llenas sus estucos y hojarascas: una sola, frente á la puerta del claustro, atestigua su primitividad con sus desnudas formas y con un tosco sepulcro sin adorno ni inscripción, que sostienen tres enormes leones. En el fondo de las naves laterales conservan su integridad las dos capillas que sirven de colaterales á la mayor, y cuya disposición, supliendo por los ábsides menores, imita la de aquellas construcciones bizantinas donde se echa de menos la cúpula y el crucero. Dos sepulcros primorosamente labrados por el gótico refinamiento enriquecen la capilla de la derecha. Bajo un doble arco bizantino tiéndese la alabastrina efigie de un abad, cuyos labios entreabre leve sonrisa, y cuya cabeza dulcemente se reclina sobre las manos de dos ángeles

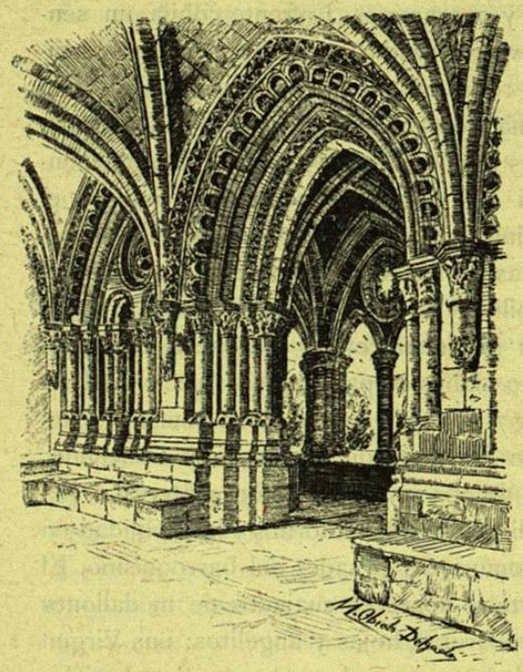
apoyados en la almohada; á sus piés yacen dos perritos con cascabeles. Resaltan de la urna cuatro escudos blasonados con las barras de Aragón y la rueda que da nombre al monasterio, y adornan los intermedios figuras de ángeles y de astrólogos ó sabios con sendos libros y pergaminos. Enfrente cobija un sencillo nicho á una bella joven, cruzadas una sobre otra las mórbidas manos, ajustadas las ropas al esbelto talle y recogidas en honestos pliegues, pregonando su calidad de dama los dos perros que á sus piés están y los dos leones que sostienen la urna idénticamente blasonada. Ni una letra ni una memoria indican el nombre y la mutua relación de aquellos dos personajes al parecer contemporáneos, cuyas formas se contentó con perpetuar el escultor y en ellas la habilidad de su cincel (1).

Las vecinas canteras suministraron al mazonero Domingo Borunda blanco y finísimo alabastro para la construcción del retablo mayor, que en 1607 principió á esculpir el maestro Esteban, y que en Setiembre de 1609 dejó sentado y concluído. Brillan en él todavía los últimos rayos del estilo plateresco, llevada al extremo la complicación en los adornos y la prolijidad en las labores, pero sin la confusión y pesadez del barroquismo. El basamento y sus dos portales aparecen cuajados de medallones y guirnaldas entretejidas de frutas, hojas y angelitos: una Virgen en su concepción inmaculada ocupa sobre el sagrario el nicho principal, y más graciosos que místicos son los ángeles que la rodean y los que sostienen el nombre de Jesús sobre el arco semicircular. Forman los lados del retablo cuatro comparticiones representando la anunciación y la purificación, la adoración de

(1) Además de estos sepulcros se ve bajo del presbiterio una losa con capelo de obispo, escudo de armas y este epitafio:

Conditur hoc tumulo clarus virtute Joannes,
Nomine ab Hugarte insigni comitatus honore;
Hic vice præsul monachisque Rotensibus abbas
Atque vicarius hinc generalis in ordine fulsit.
Obiit die XX septembris anno MDCXVI.

los pastores y la de los magos; y le sirve de remate la coronación de la Virgen en los cielos. La expresión en los relieves es menos notable que su ejecución esmerada; bases, pilastras, frisos, artesonados, se notan embutidos de minuciosas esculturas. No se elevó empero este bello retablo sin alterar el ábside primitivo, al cual reemplazó en el trasaltar una capilla cuadrada con techo de crucería.



MONASTERIO DE RUEDA.—ANTIGUA SALA CAPITULAR

Feliz fué seguramente aquel día del siglo XIII, en que el arte gótico y el bizantino con todo su atavío y hermosura vinieron á abrazarse en el pensamiento del inspirado artista que concibió la sala capitular de Rueda. Competir los hemos visto en otros monumentos con la ostentación de rivales; en éste se armonizan y funden con el amor de hermanos. En el muro interior del claustro abrió el gótico tres grandiosas ojivas; el bizantino tendió al pié de las dos arcadas laterales un anchísimo basamento á guisa de antepecho de ventanas. Aquel disimuló dentro y fuera el espesor de los arcos con numerosos y elegantes boceles; tachonó éste los arquivoltos con cuadrangulares estrellas de relieve formando el más delicado encaje, y suspendió de ellos una orla de arquitos recortados anticipando la idea de los góticos colgadizos.

Para sostener tanta complicación de arcos, en torno de los robustos pilares agrupó el bizantino hasta diez y seis columnas cuyo tronco adelgazó en obsequio de su compañero, y éste en cambio dió la última mano á los cúbicos capiteles y á sus follajes mayor gracia y flexibilidad. Dos arcos semicirculares apoyados en una cuádruple columna trazaron un suntuoso ajimez en las arcadas laterales, y encima de él una pequeña claraboya estrenó si bien con parsimonia los calados arabescos. El gótico dió á las bóvedas su forma, el bizantino su solidez; y sus arcos, cruzándose sin clave, vinieron á reunirse en derredor de la estancia sobre empotrados capiteles, y en el centro sobre dos grupos de ocho cilíndricas columnas que coronó con sus más graciosos follajes el bizantino. Tres ventanas semicirculares de doble arco en degradación, practicadas en el fondo de la sala, reprodujeron en sus capiteles y en su alféizar los adornos bizantinos de la entrada: y satisfechos con aquella creación favorita de sus combinados esfuerzos, separáronse los dos artes, el uno para tenderse en su sepulcro, el otro para recorrer altivo y solo un período de gloria, agotando á fuerza de triunfos su brillante existencia.

Allí con sus blancos ropajes se congregaban en respetable cabildo los cistercienses, allí duermen su eterno sueño los abades; y ciertamente pudieran envidiar la magnificencia de aquel recinto las asambleas del reino, los panteones de los reyes. Siembran el suelo varias losas que cubren tantos abades cuantos báculos llevan esculpidos; y entre multitud de ellos léese en una esta simple palabra de carácter muy antiguo, *Rote:* otra contiene un epitafio y la efigie en relieve del abad Berenguer fallecido en 1416 (1). Á la entrada, sobre el zócalo de las ventanas laterales, se notan algunos túmulos de dos vertientes con espada y blasones esculpidos; en el de la izquierda aparece toscamente diseñada una figura, y en rudos caracteres *don Gasto de Ayerbe*

(1) Dice el epitafio: «*Hic jacet reverendus dopnus Berengarius... de Populeto abbas Role cujus anima requiescat in pace, amen. Obiit anno MCCCCXVI.*»